

Bocetos en psicopatología

Los trabajos de la pubertad y adolescencia: sus impasses, sus fracasos. Su consideración en el diagnóstico diferencial

Graciela Manrique

En este recorrido me interesa dejar claro cuáles son los procesos saludables y cuáles las complicaciones en los trabajos de escritura subjetiva propios de la pubertad y adolescencia a fin de que, a partir de allí, podamos establecer diagnósticos diferenciales. Pienso en el diagnóstico diferencial no sólo en cuanto a diagnóstico psicopatológico, sino también en cuanto a la dimensión de sentido que es necesario descubrir en las diferentes “sintomatologías”, dificultades o producciones de los adolescentes a partir de lo cual podremos aquilatar el nivel de patología que cada una de ellas conlleva: si se trata de algo patológico, de una impasse en ese camino o si es, en realidad, un momento de riesgo, pero productivo en cuanto a la estructuración subjetiva.

Winnicott (1961) es quien más insiste en esta diferenciación y deja bien establecido en artículos como “Psiconeurosis en la niñez”¹ que “normalidad” se refiere a un criterio más bien social respecto de lo que es esperable. Está en relación directa con la adaptación. La salud en cambio, implica la vigencia de cierta creatividad, en el sentido de apropiación subjetiva de los conflictos que se presentan a lo largo de la vida. Esto escapa totalmente a la norma, aunque no necesariamente es contrario a ella, pero sobre todo en la salud se subraya la diferencia, lo propio de cada subjetividad.

Así consideradas, estas nociones, pueden combinarse de diferentes maneras: el modo de encarar cierto conflicto podría ser normal pero no saludable (sobreadaptación), normal y saludable (valorización de la relación entre pares durante la adolescencia), anormal y no saludable (psicosis puberales), anormal y saludable (momentos fóbicos en la elaboración de la problemática adolescente), por poner algunos ejemplos simples.

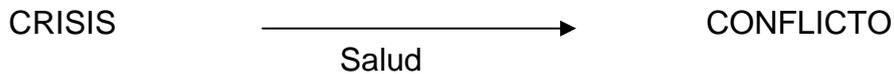
Tener presente esta distinción entre normalidad y salud, nos permite establecer diagnósticos en los cuales evitemos el riesgo de psicopatologizar las formas saludables de transitar los diferentes momentos de escritura, lo cual se convierte en iatrogénico para el paciente en cuestión, dado que obtura sus modalidades propias de procesamiento.

Al decir de Ricardo Rodulfo (1999)² todo el proceso de escritura subjetiva se lleva a cabo mediante escenas de escritura en las que la subjetividad se instalará en diferentes espacios de aposentamiento: el cuerpo, el espejo, el espacio tridimensional. Para cada momento de pasaje de uno a otro espacio se darán procesos de de-construcción/construcción que permitirán

¹ Winnicott, D. “Exploraciones Psicoanalíticas I”. Buenos Aires, Argentina. Paidós 1991

² Rodulfo, R. “Dibujos fuera del papel”. Buenos Aires, Argentina. Paidós 1999

el “acarreo” de lo inscripto de un espacio a otro, que permitirán en definitiva, seguir ligando cuerpo subjetivado, trabajo psíquico por excelencia. Como ven, el modo de ocupar subjetivamente un espacio implica un conflicto propio de esos procesos de de-construcción/construcción, sin los cuales es imposible seguir inscribiendo subjetividad. En este momento de la escrituración subjetiva que estamos en vías de recorrer, el proceso se da en los siguientes términos:



(características. consideración acerca del cuerpo, características del estado de ánimo, apuntalamiento narcisita de los padres, obsolescencia, elaboración de escenas puberales, fantasmaticación. Lugar de los padres, lugar de los pares)



(depresividad, taciturnidad, hipocondría, extraterritorialización del cuerpo, actuaciones, fractura de la historia, elaboración de escenas delirantes)

En principio vamos a distinguir los trabajos propios de lo puberal de los trabajos de la adolescencia. Pubertad y adolescencia, en cuanto procesos, no pueden ser considerados sinónimos, ni tampoco procesos necesariamente atravesados en función de la edad cronológica del paciente de que se trate. Cada uno de estos procesos de escrituración subjetiva impone trabajos propios al psiquismo, trabajos que dejan como saldo una nueva inscripción de cuerpo y la posibilidad del establecimiento de un nuevo proyecto identificatorio. En ambos procesos se juegan tanto la estructuración narcisista como el investimento libidinal.

Podríamos decir entonces, que en el o la adolescente, a partir de su desarrollo puberal se irán dando escalonadamente, en un ida y vuelta, los trabajos de lo puberal y los de la adolescencia que darán como resultado transformaciones a nivel de lo originario, lo primario y lo secundario. Deberá producirse una nueva inscripción de cuerpo genitalizado con fantasías, representaciones e ideales que hagan a la asunción de ese nuevo proyecto identificatorio del cual, al decir de P. Aulagnier, el adolescente será el único signatario.

En estos procesos se hace necesario, para establecer conceptualizaciones clínicas y psicopatológicas, poner especial énfasis en la perspectiva de género. Una mirada de esta índole respecto de lo psicopatológico nos conduce a considerar siempre, tanto la vertiente edípica, relacionada con la economía libidinal como la vertiente del proyecto identificatorio, relacionado con la economía narcisística. En el primer caso, el conflicto en juego se plantea en términos de la diferencia de sexos mientras que en el segundo, el conflicto se juega en cuanto a la desigualdad entre los mismos. Tengamos en cuenta que, en un caso la problemática está en torno el tener mientras que en el otro de trata de la problemática del ser.

Como se habrán dado cuenta hablamos de proyecto identificatorio, y es necesario aclarar las particularidades de esta noción y sus diferencias con las de identidad e identificación.. Cuando hablamos de identidad, nos referimos a un corte transversal de la subjetividad, tratando de evaluar qué es lo que

permite que alguien en un determinado momento se pueda sentir unificado y único. La constitución narcisística hace que alguien se sienta unificado, pero además que se sienta único en el sentido de unicidad, de diferencia con los demás. A lo largo del proceso de escrituración subjetiva, esa posibilidad de vivenciarse como unificado y diferente, estará relacionada con diferentes conflictivas, que son las que en ese momento se están resolviendo. No da lo mismo lo que sucede para la constitución narcisística en el bebé, que lo que le va a suceder a un adolescente cuando vaya cambiando su proyecto identificadorio, y en ese cambio deba mantener su vivencia de unificación y de diferencia. Entonces, la identidad así considerada, es algo así como la fotografía de un momento determinado, pero a lo largo del proceso de estructuración se van produciendo cambios. En realidad, lo que hace que alguien pueda seguir manteniendo esta sensación de unificación es su proyecto identificadorio, que no es lo mismo que la identidad.

En el caso de las identificaciones, tenemos que distinguir entre identificaciones primarias y secundarias. Las primeras hacen a la constitución narcisista, están en la línea de lo que Benjamin (1997)³ conceptualiza como identificación homoerótica que implica posicionarse en relación al deseo como ese sujeto al cual uno se identifica. La identificación homoerótica al padre supone colocarse en el lugar de sujeto agente de deseo. Estas identificaciones primarias son simultáneas a la relación de objeto.

Las identificaciones secundarias, en cambio, son aquellas que quedan como resto en el Yo, luego de haber abandonado un vínculo, después de la pérdida o abandono del objeto tal cual lo describe Freud.

Entonces, la idea de pensar en un proyecto identificadorio permite la posibilidad de ir incluyendo multiplicidad de identificaciones que se van a ir dando a lo largo de todo el proceso de escrituración y darán lugar a la singularidad subjetiva.

Es así que todo el proceso de escrituración subjetiva pivotea y ensambla constitución narcisística y desarrollo libidinal, y sus avatares de articulación.

Vayamos ahora a la emergencia del cuerpo en el proceso puberal y sus consecuencias.

La pubertad puede ser tomada como un trauma por excelencia, hecho traumático a ser atravesado en un proceso saludable de estructuración subjetiva que permita la metabolización del cuerpo genitalizado, es decir, la apropiación subjetiva, la escrituración de ese nuevo cuerpo. Por hecho traumático entendemos que se trata de un suceso de envergadura tal que provoca una efracción en la continuidad psíquica. El atravesamiento exitoso de esta situación traumática supone la aparición de nuevas escrituraciones subjetivas e inaugura categorías simbólicas antes inexistentes. Esto es, la pubertad y la adolescencia exigen un trabajo psíquico adicional, trabajo que presentará sus vicisitudes propias en cada sujeto y también rasgos específicos según la identificación de género predominante en quien atraviere dichos procesos.

Como ven, aquí entra en juego la cuestión de género y su relación con el establecimiento de la identidad sexual y el balance narcisístico. Por ahora, tengamos en cuenta que ciertas problemáticas tienen mayor prevalencia en mujeres (ej: problemáticas de la incorporación, trastornos histero-fóbicos) y

³ Benjamin, J. *“Padre e hija, identificación con la diferencia”*, en *“Sujetos iguales, objetos de amor”*. Buenos Aires, Argentina. Paidós 1997

otras en varones (ej: problemas de violencia, tendencia antisocial, conductas delincuenciales). Esto hace que, desde la psicopatología y desde un planteo psicoanalítico tratemos de tomar la variable de género en tanto promotora de salud o propiciadora de patología en la subjetividad.

Volvamos ahora a los trabajos propios de escrituración que están en vías de realizarse. La pubertad es un momento de crisis en el proceso de escrituración subjetiva y como tal plantea al púber un conflicto a resolver: reinscribir su cuerpo genitalizado y restablecer el balance narcisista.

Este conflicto implica hacer el duelo por la pérdida del cuerpo infantil y de los padres infantiles quienes constituyeron el apuntalamiento narcisista hasta el momento. Es, por lo tanto, un momento de ensimismamiento y cierta tristeza acompañado de fenómenos proyectivos y de desplazamiento que ayudan a la elaboración de la angustia que aparece a partir de la vivencia del fin de la neotenia. Todo esto es lo que, en caso de que el proceso sea saludable, aparece en los cambios comportamentales de los púberes. Se vuelven hipersensibles a las críticas, muy apegados a amigos con los cuales viven relaciones “pasionales” de dependencia y desapego, rivalidades, envidias, críticas, etc.

Mientras tanto, la relación con los padres pasa a ser conflictiva. El púber requiere de ellos de otra manera, con una “presencia ausentada”, dado que la presencia física, el cuerpo a cuerpo con un púber despierta rápidamente fantasías incestuosas. El púber necesita ser acompañado por sus padres, a distancia, necesita que su mirada le confirme que es “el mismo pero está cambiando”. Esto implica, desde los padres, todo un trabajo de reacomodación respecto del hijo, trabajo en el que “lo puberal” de los padres adquirirá una enorme importancia.

Lo puberal (Gutton, 1993)⁴ se funda en un anclaje real biológico que tiñe todos los trabajos subjetivos atinentes a este momento de escrituración. Es en este momento en donde se constituye la noción de complementariedad de los sexos que dará lugar a la nueva unidad narcisística puberal como la designa Gutton. Es allí donde se juega la vivencia de completud narcisista. En la pubertad debe realizarse la metabolización del cuerpo genitalizado, verdadero trabajo de lo originario, que inscribe un nuevo cuerpo antes inexistente y que, ante la aparición de los embates pulsionales aparece, en principio, como un extraño para el/la púber. Este trabajo de metabolización impone una de-construcción-construcción de lo edípico que se presenta, al decir de este autor como “casi” igual al Edipo infantil. Este, “casi” da lugar a toda una revolución intrapsíquica que debe ser tramitada.

La diferencia esencial con el Edipo infantil radica en que ahora ya no se trata de pulsiones de fin inhibido. Esto marca el fin de la neotenia. Ahora el niño se hace capaz de un contacto sexual completo y avizora sus consecuencias. Desde este lugar es desde el que se resignifican las vivencias infantiles, como lo describe Freud en el segundo momento del trauma. Es esta la razón por la que la pubertad puede ser considerada en sí misma un traumatismo. Desde su nueva posición, el niño seduce a su pasado, y, al mismo tiempo, comienza a percibirse como púber en la medida en que se siente capaz de seducir al otro como adulto.

⁴ Gutton, Ph. “Lo puberal”. Buenos Aires, Argentina. Paidós, 1993

Existe un fenómeno que desde las conceptualizaciones de género ha sido denominado como “intensificación de género”, fenómeno por el cual, una vez producido el desarrollo sexual, el entorno familiar y social subraya y fortalece ciertas características de género culturalmente atribuidas a niñas y niños. Así, llegados a la pubertad, los varones son impulsados a desarrollar una vida cada vez más independiente, más activa y donde puedan mostrar su fuerza y poder como signo de virilidad. En el caso de las niñas se subrayan sobre todo los riesgos de sufrir un ataque sexual o de quedar embarazadas o de sufrir daño en sus cuerpos. Esto abre posibilidades, temores y caminos de subjetivación con tintes muy diferentes para unos y otras. De hecho, como señalábamos antes, las patologías o complicaciones prevalentes en adolescentes varones y mujeres divergen. A esto me refería antes cuando hablaba de considerar las cuestiones de género como propiciadoras de estructuraciones saludables o como condicionantes hacia una determinada patología.

Como resultado de todo este proceso, y si todo va bien, en el mundo fantasmático del púber deberán constituirse las escenas puberales, que teñidas de un alto contenido incestuoso, serán reprimidas.

Es a partir de la constitución de estas escenas puberales y de esa nueva unidad narcisística que el púber podrá emprender los trabajos de la adolescencia.

Volvamos entonces al planteo inicial. Llegados a la pubertad, el varón y la niña deben realizar un trabajo psíquico que implica nuevamente la ligazón de cuerpo. Los cambios físicos y de posicionamiento frente al deseo que éstos conllevan plantean un conflicto a resolver mediante este trabajo psíquico puberal. Se trata, entonces, como lo plantea R. Rodolfo (1999), de aposentarse en un nuevo espacio psíquico, el del cuerpo genitalizado, abandonando el cuerpo infantil y sus modos de vincularse libidinalmente con el otro. El trauma de la pubertad implica en sí mismo un debilitamiento yoico e impone ciertos trabajos para restablecer el equilibrio narcisista que se ve amenazado con estas pérdidas. Mientras nos mantengamos en este registro, el de una crisis o conflicto que genera nuevos trabajos psíquicos con sus avatares, permaneceremos en el campo de lo saludable (aún cuando aparezcan cambios importantes, momentos de angustia, de extrañamiento).

Debemos tener en cuenta que, como lo plantea Gutton (1993), la pubertad y el atravesamiento del trabajo puberal brinda a la subjetividad una nueva oportunidad. Nueva oportunidad en un doble sentido, el de reescribir-inscribir más saludablemente lo hasta allí recorrido y también la aparición de condiciones patológicas antes inexistentes.

Quiero decir con esto que cuando preexiste una fragilidad yoica, cuando hubo dificultades en el establecimiento de la latencia, entonces puede producirse una fractura que de lugar a patología grave. Esto es lo que plantea Gutton cuando habla de “fractura de la historia”. Se refiere concretamente al breakdown de la historia que da lugar a la manifestación de una psicosis.

Tenemos entonces dos períodos críticos para el desencadenamiento de una psicosis: por un lado la primera infancia en donde ese nuevo acto psíquico que llamamos narcisismo no puede llevarse a cabo cabalmente provocando una fractura del yo y un fracaso en la represión originaria. En este caso aparecen el autismo, y la psicosis confusional o simbiótica según tomemos la conceptualización de Tustin o Mahler y las psicosis no específicas de la

infancia; y en segundo lugar, el momento de emergencia de lo puberal, en el que, como veníamos diciendo, ese nuevo acto psíquico que nuevamente compromete la estructura narcisista implica la metabolización exitosa del cuerpo genitalizado.

Hasta aquí hemos hablado de lo que sucede en el caso de que el proceso sea saludable. Pero qué pasa cuando el yo de ese púber y/o la posibilidad de acompañar ese proceso por parte de los padres, se quiebran frente a este trabajo psíquico que debe realizarse en este momento?

El rechazo de la pubertad y lo puberal impide la metabolización de los cambios pulsionales y se expresa como odio hacia el acontecimiento de lo puberal como un todo. Acontece entonces una desexualización, un desinvertimiento generalizado de la experiencia misma que cae sobre lo real. Fenomenológicamente se observan conductas de aislamiento, imposibilidad y evitación del contacto con los pares (único medio de instalación y atravesamiento de la experiencia puberal), desinterés y apatía en todos los campos. Todas éstas son manifestaciones de lo que llamamos psicosis blancas para distinguirlas de aquellas productivas en donde aparecen alucinaciones y delirios. Lo que aparece en estos casos son alucinaciones negativas, destinadas a mantener la realidad infantil.

Junto con todo esto pueden aparecer ideas y rituales obsesivos que, a veces dan lugar a confusiones diagnósticas, y que tienen por fin mantener el control estricto sobre lo pulsional, o, en su defecto, importantes pasajes al acto en lo sexual o mediante conductas violentas hacia los demás o de riesgo hacia sí mismos.

¿Por qué decimos “fractura de la historia”? Algo de toda esta recomposición que debe realizarse en este momento no puede llevarse a cabo y se rompe la continuidad narcisística dando lugar a patología grave. Hablamos en este caso de las psicosis puberales que tienen por efecto un borramiento de la experiencia puberal.

Ph. Gutton señala tres características semiológicamente importantes para distinguir los procesos puberales normales de este “atascamiento” de lo puberal:

1. La aparición de la depresividad
2. La proyección del cuerpo como un objeto externo
3. La aparición de la imago del progenitor grandioso

La depresividad es una impasse o suspensión del trabajo del duelo. El dolor psíquico por la pérdida del apuntalamiento narcisista de los objetos parentales no puede ser elaborado para dar lugar a sustituciones de los mismos, y es reemplazado por una fuerza activa opuesta al trabajo. Implica la pérdida de esas representaciones sin posibilidad de acceso a otras que cumplan la misma función. De esta manera el púber queda a merced de un sentimiento depresivo que incita a la pérdida de la actividad de representación dando lugar a una vivencia de impotencia y vacío interior y, al mismo tiempo de inadecuación del mundo externo. La posibilidad de catectización y relación con el mundo exterior se encuentra en estrecha relación con las representaciones internas que permiten que algo de ese mundo las refleje y de esa manera pueda ser sentido como propio, interesante, atractivo. Por eso Gutton caracteriza la depresividad como una estructura a la vez anti-narcisista y anti-objetal.

Cuando el funcionamiento psíquico se tiñe de depresividad el adolescente manifiesta constantemente su sentimiento de desilusión e inadecuación frente a cualquier estímulo externo. Además las fallas en la representación favorecen la aparición de patología psicosomática (insomnios, migrañas, dolores articulares, etc.)

Esta sería, entonces, la manera patológica en que se presenta el duelo esperable para este momento de escrituración.

Los fenómenos de proyección y desplazamiento de los que hablábamos al referirnos al atravesamiento saludable del trabajo puberal se ven también modificados cuando se produce esta “pubertad sin puberal”. El adolescente toma una actitud taciturna, se encierra en sí evitando toda ingerencia de cualquier objeto externo, ya que todos le producen desconfianza puesto que ha proyectado el ataque que siente en su interior a partir de los cambios corporales y pulsionales, y de las fallas en el apuntalamiento narcisista. Más que mostrar temor, presenta una actitud de desinterés: “nada me importa, todo es una porquería” que lo mantiene en su encierro. En algunos casos esta taciturnidad lleva también a una desintrincación pulsional que rompe esos momentos de ensimismamiento mediante pasajes al acto o descargas pulsionales compulsivas en las que el adolescente generalmente se pone en riesgo. Cuando el aburrimiento encubridor de los procesos que subyacen corre el riesgo de perder su valor defensivo sobrevienen estos pasajes al acto que están al servicio de evitar la actividad fantasmática.

En todo este proceso, el cuerpo mismo es proyectado como un objeto amenazador y el yo utiliza frente él las mismas estrategias que ante cualquier otra amenaza externa: En los casos de extraterritorialización del cuerpo pueden observarse conductas de autodestrucción (tentativas de suicidio, victimización del cuerpo), de neutralización (masturbación compulsiva, enfermedades psicosomáticas) dismorfias (trabajos de lo negativo que aparecen en la gestualidad y en la apariencia misma) o la construcción de un contra-cuerpo (obesidad o delgadez extremas) .

Vamos ahora a la aparición de lo que Gutton llama la imago del progenitor grandioso. Ante la dificultad de elaborar la pérdida del objeto parental del mismo sexo, la megalomanía hace que aparezca en su lugar esta imago construida mediante la proyección de los atributos genitales que el adolescente borra de sí. Se lo mantiene de esa manera como figura de apuntalamiento del superyó convirtiéndolo en sede de la ley. Se hace así imposible sustituir a este objeto frente al cual aparece una extrema sumisión que obtura el proceso que debería estar en curso.

Todo lo anterior es efecto de un ataque al anclaje somático, una resistencia a lo puberal que culmina en el trabajo de neutralización

Es importante distinguir esta neutralización de lo puberal, de la represión, por un lado y de la desinvestidura o desexualización, por el otro.

En principio la represión de las escenas puberales que deben producirse, escenas que tienen un contenido altamente incestuoso es el destino esperado para las mismas, destino que permitirá la posibilidad de satisfacciones sustitutivas.

En el proceso saludable de fantasmaticización y represión de estas escenas es en el que aparecen todas las vicisitudes de las relaciones con pares tan “pasionales” en este momento de la vida, relaciones que van

permitiendo desplazamientos y sustituciones cada vez más alejadas de los contenidos incestuosos iniciales (rivalidades, celos, primeras parejas, etc.)

En cuanto a la desexualización, Gutton señala que ése es el destino que permite alcanzar los posteriores trabajos de la adolescencia.

La neutralización, en cambio implica el establecimiento de una pubertad sin trabajo puberal, impide, en definitiva la posibilidad de inscripción en lo originario de los cambios corporales que conllevan cambios pulsionales, haciendo así imposible la actividad de representación de los mismos. Un efecto posible de esta renuencia a representar podría ser la intelectualización, que se presenta en muchos jóvenes empobreciendo su vida fantasmática.

¿Qué es lo que hace necesaria esta neutralización para algunos púberes? Las fallas en la represión que hacen demasiado vívidas y posibles las escenas incestuosas obligan a un yo débil a neutralizar el proceso. La imposibilidad de alejarse de las figuras parentales produce horror ante la certeza de la coincidencia entre la conducta incestuosa del progenitor y la del púber. Esto sucede en muchos casos de niños que han sido abusados, o simplemente en familias en donde la represión ha sido fallida y los niños han estado sometidos a escenas de sobre-estimulación sexual, que resignificadas en este momento, se tornan traumáticas. De esta forma no se constituyen las escenas puberales, y, en su lugar, la complementariedad sexual que hubiera sido así representada se impone en acto en forma inesperada y ya focalizada en una interpretación a nivel parcial de los órganos masculinos y femeninos.

Digamos que, si todo se desarrolla de manera exitosa el púber logrará metabolizar, como trabajo de lo primario, los cambios biológicos por los cuales “es tomado a contrapelo” en la pubertad, inscribiendo su nuevo cuerpo genitalizado. Así, estará en condiciones de toda la elaboración secundaria propia de la adolescencia que culminará en la posibilidad de un nuevo proyecto identificatorio del cual él será el único signatario.

Como lo plantea Ricardo Rodulfo (2004)⁵, el adolescente, mediante su segundo deambular que le abre paso al mundo de lo extrafamiliar, produce importantes modificaciones en el campo de los ideales.

Este segundo deambular en el que el adolescente vuelve a ser tan intrépido y al mismo tiempo temeroso como lo fue en otros tiempos, permite la exploración del mundo que se abre ante él, no sólo como espacio externo, con la posibilidad real de alejarse de su familia, de ausentarse, sino también aquél que le permite ensayar diferentes identificaciones, recorrer diversos caminos hasta alcanzar su nuevo proyecto. R. Rodulfo (1992)⁶ enumera distintos trabajos a cumplirse en la adolescencia, diferentes recorridos a lograr en este deambular: el pasaje de lo familiar a lo extrafamiliar, del yo ideal al ideal del yo, de lo fálico a lo genital, un nuevo pasaje a través del espejo (esta vez desde el extraño hasta el Otro) y el pasaje del jugar al trabajar. Y hace también hincapié en todos los ritos iniciáticos que adquieren enorme importancia en este momento como marca simbólica del acceso a la adultez.

No quiero detenerme en cada uno de estos pasajes que plantean su propio interés. Los remito directamente al capítulo 10 de Estudios Clínicos en donde los van a ver en detalle.

⁵ Rodulfo, R. “*El segundo deambulador*” en “El psicoanálisis de nuevo”, Buenos Aires, Argentina. Eudeba 2004

⁶ Rodulfo, R. “*Pensando la adolescencia*” en “Estudios Clínicos”, Buenos Aires, Argentina. Paidós 1992

La experiencia vivencial central de la adolescencia, experiencia que se desarrolla según una secuencia propia de cada sujeto inscribiendo así nuevas categorías simbólicas, es este segundo deambular que adquiere características específicas. Y ¿qué es este deambular?, ¿en qué espacios se lleva a cabo? Más allá de la conquista de lugares en los que compartir con otros los propios procesos, también, mediante la apropiación subjetiva de lo extra-familiar como lugar de aposentamiento, se produce ese deambular, viajar y aventurarse hacia nuevas figuras de identificación, nuevos ideales; deambular que constituye por sí mismo una operación simbólica que permite la asunción de la nueva identidad genitalizada.

Es importante poner atención sobre las diferentes formas en que esta deambulación podría ser violentada. La violencia ejercida sobre esta experiencia subjetiva, violencia social, institucional o familiar, es potencialmente portadora de patología y deber ser tenida en cuenta a los fines diagnósticos.

La adolescencia no puede vivirse sin riesgo. En el caso del deambulador los riesgos deberían estar cubiertos por el cuidado de los padres, que son quienes los prevén y los que están allí para evitarlos. En el caso del adolescente esta función de los padres queda, de alguna manera, acotada dado que la cuota de independencia relativa necesaria para que se desarrollen los trabajos propios de este momento requiere que sea el mismo adolescente quien cada vez más tome esta función a su cargo.

A la hora de pensar un diagnóstico, de evaluar mediante un diagnóstico diferencial los conflictos o dificultades que un/una adolescente presenta es importante tener en cuenta cómo articular en estas cuestiones lo intrapsíquico con las relaciones interpersonales y aquello que la cultura o grupo de pertenencia impone, permite prescribe y proscribire. Vuelve aquí a tomar importancia la noción de violencia primaria como necesaria diferenciándola de cierta violencia secundaria obturar estos procesos facilitando la formaciones clínicas de diversa gravedad.

